

# CASINO



de Granollers.  
na gran fiesta.



«El tiempo pasará...»

REMEMBRANZA  
POS, NO TAN  
O PARA SER  
TAN BUENOS,  
IEREN HACER-  
TAN MALOS  
S PIENSAN  
LOS JOVENES...!!

herejes, moros o cristianos. Y cuando no hemos podido partiros, al menos hemos mantenido una dualidad, la pareja ha sido nuestro ser o no ser hamletiano. Manolete o Arruza, Kubala o Di Stéfano, la Tebaldi o la Callas, Maura o Canalejas. Machín, con sus maracas al aire, dirigía, como el mejor guardia, el tráfico sentimental de nuestra juventud. Cantante y canciones para después de una guerra. No teníamos coca-cola y apagábamos la sed con un fresco vaso de cerveza negra coronada de espuma blanca en aquel mostrador de los pasos y años perdidos.

Y allí, en la sala de baile del Casino, en el escenario, Josep María Ruera, con un zapato negro y otro marrón, como buen artista, dirigía a la mejor orquesta de la historia del Casino; Josep Maria Ruera iría toda su vida al compás del pentagrama. Su labor musical sería grande, enorme. En Granollers se le han tributado últimamente un par de homenajes. Intimo y popular. Al último asistí entre más de un millar de personas. Era el «consenso» a una gran labor musical, quizás anónima y quizá desdinerada, si al hablar del dinero lo entendemos como el santo y seña del presente. Ruera, en aquel año, a finales de los cuarenta, hace casi treinta, nos retrataría un concierto, dentro del horario previsto, en el salón café del Casino, aquel salón, ¡ay!, con mesas de mármol y mesas de billar. Había dejado olvidadas en su domicilio las partituras musicales arregladas expresamente para nuestra Fiesta Mayor. Con un taxi va a recogerlas. Vuelve. La gente espera. Al regresar, los músicos de su orquesta se preparan y él se da cuenta que las partituras se le han quedado olvidadas en el interior del taxi.

A finales de los años cuarenta, hace casi treinta, «Dalton», aprendiz de Oller, escribía en MONTBUI una de sus primeras y, casi, última, crónica de cine. Hablaba de «Los mejores años de nuestra vida», un filme delicioso, éxito de público y crítica. Y quizá fuesen aquellos, para los niños para después de una guerra, los mejores años de nuestras vidas, envueltos con la capa purpurina y celofán de nuestra juventud. Flor de cactus. Flor de un día. Dale Carnegie enseñaba como ganar amigos; se olvidó en su último momento de enseñar cómo no perderlos después de haberlos ganado. Son los años que los norteamericanos caen simpáticos e ingenuos, convertidos en héroes por el celuloide de Hollywood, e ingenuamente y cantando nos anuncian que «el tiempo pasará» con el gran Bogart en «Casablanca», con su gabardina llena de aventuras y sus ojos de mirada aguada, en los que parecían haber salpicado las primeras gotas de agua en el momento inaugural de nuestro último pantano. «El tiempo pasará...», y nos lo decían cantando, como si no lo comprobáramos cada madrugada delante

del espejo en el cuarto de nuestras intimidades. Más de uno pactaríamos con nuestro espejo, como Dorian Gray con su retrato, el paso del tiempo. El Barcelona tenía en César el mejor delantero de España. A César lo que es del César. Y aquellos niños, hijos de una guerra, famélicos, hambrientos, flacos y transidos, desobedientes e ilusionados, nos afanábamos en ser mayores, dándoles patadas a los trapos, papeles y maderas que eran nuestros balones de la postguerra. Y a finales de los años cuarenta, hace casi treinta, estábamos seguros que entre nuestro fútbol y nuestro Casino escribiríamos, treinta años más tarde, nostálgicamente, una modesta, pobre y humilde crónica en MONTBUI, si teníamos la suerte de que no se nos llevara de este mundo aquellas tisis galopantes o el piojo verde. Tardes de fútbol en las notas rítmicas de Rina Celi, Revistas de Irene Daina, Gemma del Río... Marque seis cifras, Los Vieneses, Lucas de Viena, recuérdame que el recordar es volver a vivir, el tiempo que se fue, recuérdame. Alfredo Mayo, el galán español, el de la Legión, Sin novedad en el Alcázar y en España. En «Escuela de Sirenas» Esther Williams enseña cómo ser sirena sin ir a la escuela.

A México iban nuestros políticos y sin necesidad de relaciones diplomáticas nos mandaban sus mejores artistas: Jorge Negrete, Trío Calavera, Irla Vila, aquella mujer que con sus mariachis protagonizó en Caldes una de las mejores noches del espectáculo local. Y entre todo eso las Dianas Durbin paseando calle arriba y calle abajo de Caldes a finales de los años cuarenta, hace casi treinta, como si nada hubiera pasado, ilusionadas, alegres, olvidadizas de la pe-

nuria, como «Locas por la música», sabían que se vive solamente una vez y hay que aprender a querer y a vivir, y hay que saber que la vida se aleja y nos deja soñando quimeras, no quiero arrepentirme después de lo que pudo haber sido y no fue. La Selección, aquella gran orquesta de nuestro gran Casino, seguía interpretando los baillables, melodías musicales de nuestra Fiesta Mayor. Una gran orquesta para una gran fiesta. Su música, melodías esperanzadoras de Cole Porter, Noche y Día, Glenn Miler, En forma, Stan Kenton, las sambas, mambo número 5, música como en películas de teléfono blanco y cama blanca. Cubanacan, el Manisero, Santander eres novia del mar que se inclina a tus pies y sus besos te da, Santander, María Dolores, Bésame mucho, Mujer, Vereda Tropical, Bahía...

Es el último día, en el Casino, de nuestra Fiesta Mayor, de este año 1977, 1978, 1979, y al igual que la de finales de los años cuarenta, hace casi treinta, en la sala de baile caen las últimas notas musicales. En la calle las primeras hojas de los árboles. Acabamos de entrar en el otoño, el verde natural se viste de ocre, de marrones, el día de noche, con la mano intentamos ya palpar las próximas Navidades, quizá blancas. El Casino ha quedado silencioso y en nuestro Primer sueño, en la última noche de fiesta, aún parece oírse la música, la resonancia, el susurro, la cadencia, el canto, el acento musical de aquella Gran Orquesta Selección o de esta gran Orquesta de hoy. Ha enmudecido en el Casino el sonido estridente de la trompeta. Ya sólo queda el silencio. El silencio de sus sonoridades. El silencio de sus dulces recuerdos.

J. CONDAL VILARDELL



Antonio Machín con sus maracas al aire dirigía, como el mejor guardia, el tráfico sentimental de nuestra juventud.